

SOBRE EL ÉXTASIS DE LA INTIMIDAD

JUAN FERNANDO SELLÉS

The central thesis, interconnected among them, proposed in this book are: 1) The person is a substance; the love is a quality and a relationship. 2) The love is a innate habit. 3) Its subject is the will. 4) Among its to aspects, to love and to be loved, the former is superior. 5) To love is the principle of all the affects.

La obra del profesor Juan Cruz Cruz, *El éxtasis de la intimidad*¹, se trata de una obra breve y densa, en la que se advierte mucho trabajo, y en la que se ofrece un resumen de la doctrina de Tomás de Aquino respecto del *amor*, asimismo, una buena síntesis de la filosofía posterior hasta nuestros días respecto de este tema, hasta el punto que se puede decir que presenta el tema del amor humano en el *status quaestionis* tal como hasta la fecha se encuentra tratado. Sin embargo, las interpretaciones del pensamiento clásico que se ofrecen, y los desarrollos de aquéllas y de las recientes, son originales y novedosas.

Se abre la *Introducción* con unas expresiones que describen el amor con ciertas resonancias a Pieper: “la afirmación afectiva o complacida que un ser humano hace de la existencia de otro”². Siguen unas explicaciones terminológicas acerca de las raíces grecolatinas de los términos relacionados con las palabras “amor”, “intimidad” y “éxtasis”, a la par que se profundiza con agudeza en su significado.

¹ Juan Cruz Cruz, *El éxtasis de la intimidad. Ontología del amor humano en Tomás de Aquino*, Instituto de Ciencias para la Familia, Madrid, Rialp, 1999, 254 págs.

² J. Cruz Cruz, 11.

El libro consta de dos partes y, como el propio autor expone en la *Introducción* “la primera [...] desarrolla bajo un doble aspecto fenomenológico y ontológico el sentido humano de la intimidad, del éxtasis y del amor perfecto [...]. Esta parte intenta dotar de bases ontológicas clásicas a las descripciones fenomenológicas realizadas por algunos contemporáneos [...]. La segunda parte [...] vuelve sobre estos temas exponiendo técnicamente la esencia, la causa y los efectos del amor”³. Ambas partes tienen una extensión parecida. La primera queda dividida en cinco capítulos y la segunda en cuatro.

El Capítulo I, *Persona y amor*, rectifica en primer lugar ciertas interpretaciones contemporáneas del amor ajustándose a las descripciones de Tomás de Aquino. La corrección pasa por restablecer la distinción clásica entre *apetito natural, sensitivo e intelectual* o voluntad, y en atención a este último, se discierne, a su vez, entre *voluntad de medios* y *voluntad de fines*, notando la apertura nativa de la voluntad al fin último. En segundo término manifiesta que el amor, tal como lo entiende Tomás de Aquino, tiene sentido *personal*, sacando partido nuevo a la definición clásica de persona propuesta por Boecio (sustancia individual de naturaleza racional). La tesis fuerte que se admite allí mismo es que “la intimidad, [...] es una categoría del orden *operativo*, concretamente de la personalidad”⁴. Se puede estar o no de acuerdo con esta tesis central, pero el autor ofrece una fundamentación al respecto. De modo que no se admite que la persona *es* intimidad, sino que *tiene* intimidad, pues “sólo en un ser infinito, cuya operación se identifica con su propio ser, [...] su intimidad sería la persona”⁵. Por su parte, de la *personalidad* se declara que es de orden *psicológico* y puede definirse como aquella modulación de la persona que consolida en el tiempo y en la sociedad su propio orden operativo en forma de hábitos y tradiciones, en la medida en que tiene conciencia del propio yo y

³ J. Cruz Cruz, 27.

⁴ J. Cruz Cruz, 50.

⁵ J. Cruz Cruz, 51.

libre disposición de sí”⁶. En atención a ello, del amor se expone que es el *éxtasis* del amante hacia el amado, interpretado como salida de orden *operativo* de la voluntad, realizada por los *hábitos* operativos de esa facultad tensados por la libertad. De acuerdo con Tomás de Aquino y con los comentadores tomistas distingue dos tipos de unión operativa en el amor: la *afectiva* y la *efectiva*. La primera es la “*adaptatio*” o “*consonantia*” del amante con el amado, que es propiamente el *amor*; es “la conveniencia del afecto”, es decir, de la voluntad. La segunda es la unión real, existencial, la convivencia entre amante y amado, que es *efecto* del amor.

El Capítulo II, *Amor e intimidad*, pregunta cómo abordar cognoscitivamente la intimidad, pues “aunque la intimidad no se identifica con los distintos actos de la conciencia, se forja en la dirección de la conciencia. Además, la intimidad se subraya más en la región ontológica del *hábito* que en la del acto”⁷. El autor, *more* Brentano, admite que la conciencia es un acto con dos polos: “el acto es autopresencia [...], y de otro lado, es conocimiento objetivo intencional”⁸. Estamos, pues, ante una interpretación del acto de conocer (bastante usual entre neotomistas), como una “reflexión” del acto sobre sí mismo. Se mantiene que el *yo* persiste en todos los actos cognoscitivos, pero también en los volitivos. Con tales actos se lleva a cabo una “obra de autoidentificación” en que consiste la *personalidad*. “En esta dimensión se fundamenta la intimidad [...], un poder que se otorga al conquistarlo [...] mediante la fuerza de identificación”⁹. Se concluye que “la intimidad es la culminación de la identidad. Mediante el amor se abre y potencia la intimidad”. La intimidad incluye, pues, la autoconciencia, la percatación consecutaria del *arraigo* de los hábitos que comprenden la vida afectiva, que es relacionada, ya que no se profundiza ni amplía sin el contacto con el otro, y en ella radican los estados de

⁶ J. Cruz Cruz, 50-51.

⁷ J. Cruz Cruz, 58-59.

⁸ J. Cruz Cruz, 62.

⁹ J. Cruz Cruz, 64.

ánimo y los *hábitos* intelectivos y volitivos, siendo el amor personal uno de éstos últimos, el mejor que define a la intimidad.

Este amor que es amor espiritual y no sensible, puede ser *perfecto* o *imperfecto*, según se una a otra persona por su propio bien (*amor de benevolencia*), o por el de uno (*de concupiscencia*). Juan Cruz, de acuerdo con el *corpus* tomista, distingue entre dos tipos de amor, para los que acuña términos nuevos: el “quiescente” y el “itinerante”. El primero es perfecto, llamado *de amistad*, es personal, donal. El segundo es imperfecto, denominado *de concupiscencia*, cosificante, posesivo. Ambos van siempre unidos en el hombre, pero debe ser subordinado el inferior al superior. “El amor perfecto desea el bien del amigo por el amigo mismo”¹⁰. De este amor se declara que es un *hábito*, una dimensión operativa del alma, que exige elección, firmeza, continuidad, gratuidad, reciprocidad, pues el amigo es amigo para el amigo. Se considera al amor perfecto como un *hábito*, “una dinámica quiescente” pero no un “elemento inconsciente”¹¹. Se trata de una “cualidad” (esa es la descripción tomista de *hábito*), que determina accidentalmente en sí misma a la naturaleza humana disponiéndola inmediatamente bien o mal a la acción, esto es, “una virtualidad sobreactual”¹². Pues bien, “la intimidad vive en su más alta medida del señorío del *hábito*”¹³. Ella misma “es la unidad vivida de todos los *hábitos*, que son apropiaciones conscientes, activas y libres del yo”¹⁴. En suma, el amor *quiescente* forma la intimidad. Por eso se defiende que “la persona es del orden de la sustancia, la intimidad es del orden de la cualidad y de la relación [...] es el centro del orden operativo humano, y por tanto, núcleo de la personalidad”¹⁵. La intimidad es *cualidad*, pero también *relación*: núcleo cualitativo de relaciones. Expresa el

¹⁰ J. Cruz Cruz, 109.

¹¹ J. Cruz Cruz, 69.

¹² J. Cruz Cruz, 75.

¹³ J. Cruz Cruz, 75.

¹⁴ J. Cruz Cruz, 76.

¹⁵ J. Cruz Cruz, 77.

ser mismo en su identidad y mismidad¹⁶; es el centro del autodespliegue. En consecuencia, si se objetiva a las personas se pierde no sólo la intimidad de ellas sino la propia. En definitiva, “la intimidad se hace, no se trae desde el origen”¹⁷. El amor perfecto no se dirige sino a la intimidad, y éste, en lo que tiene de más propio es salida, éxtasis, completa gratuidad¹⁸.

El Capítulo III, *Éxtasis y amor*, comienza por distinguir entre dos modos de amor *quiescente*: el *amor de benevolencia*, con una marcada intención unitiva hacia la persona (*solidaridad*), y el *amor íntimo*, que anhela participar de la vida del amado, con una intención unitiva hacia la personalidad (*intimidad*). “El amor íntimo [...] es más hábito que acto, es más quiescente que itinerante”¹⁹. El amor es, así, “la unión afectiva íntima entre el amante y el amado [...] y supone la salida del amante y su persistencia afectiva en el amado, el éxtasis”²⁰. Tal éxtasis se lleva a cabo por medio del conocimiento y de la voluntad, y tanto mayor es la salida cuanto lo amado es superior al amante. El éxtasis respeta la *dualidad* entre amante y amado, pues no responde a una *fusión*. Tampoco a una pérdida o anulación de la propia personalidad, como la que provocan las drogas, el nirvana, etc. Justo al contrario, “el amor es una afirmación de sí en la afirmada intimidad del otro”²¹. Pero si el otro es superior se debe preferir ese bien al bien propio. Lo contrario sería desorden. Pero si los otros son semejantes, el amor para con uno mismo es más radical²², “incluso es ontológicamente primario: expresa nada menos que la *unidad* ontológica de la persona y no meramente, como el amor con otro, unión psicológica de afectos, y según Tomás de Aquino ‘la unidad es más fuerte que la unión’”²³.

¹⁶ J. Cruz Cruz, 78.

¹⁷ J. Cruz Cruz, 78.

¹⁸ J. Cruz Cruz, 79.

¹⁹ J. Cruz Cruz, 129.

²⁰ J. Cruz Cruz, 82.

²¹ J. Cruz Cruz, 86.

²² J. Cruz Cruz, 89.

²³ J. Cruz Cruz, 90. Tomás de Aquino, *S. Th.*, II-II, q26, a4.

Por eso, “el amor con que uno se ama a sí mismo es forma y raíz de la amistad”²⁴, de modo que el amor que se siente por otro “procede del amor que se siente por la propia persona”²⁵.

El Capítulo IV, *El amor íntimo*, describe al amor de amistad por estas notas: la *comunicación*, pues sin ella no habría *reciprocidad*; es amor perfecto, y se refiere a *personas*; es *libre* y *presuroso*. Este amor de amistad, llamado *íntimo*, incluye no sólo el amor a los *amigos* sino también el amor *esponsalicio* y el *paterno-filial*. Mientras el amor de benevolencia, (de asistencia solidaria), “lo merece todo hombre por ser persona”²⁶, “el amor íntimo se despliega más perfectamente en el ámbito de la personalidad [...] y puede ser o bien amistoso [...] o bien sponsalicio”²⁷. Sus notas son: es una *afirmación del otro*, aunque *inadecuada*, comporta una *intención unitiva*, es *donal*, se dirige a *una persona individual considerada como totalidad*; hay una *correlación* personal, expresa el *crédito* que el amante da al amado realizando una “interpretación al alza” del amado, y supone una *invalidación psicológica* –aunque no moral– de los defectos del amado. En la descripción del amor sponsalicio leemos, en unas páginas verdaderamente gozosas, que éste también es personal y libre, recíproco, pero se distingue de los demás en que es *sexuado*, es decir, entre dos personas sexualmente complementarias y físicamente aptas para procrear. Es *total*, esto es, absoluto, exclusivo: uno con una, *incondicional, leal, creador*. El amor *paterno-filial* es “una prolongación del mismo amor que los padres se profesan entre sí”²⁸, pero al mirar éstos al nuevo hijo “la preciosidad de la persona humana resplandece de un modo especial”²⁹. Su rasgo distintivo es que, a diferencia del sponsal, la unión natural y el amor personal de los padres a los hijos están *originariamente entrelazados*.

²⁴ J. Cruz Cruz, 90.

²⁵ Tomás de Aquino, *S. Th.*, III, q28, l.6.

²⁶ J. Cruz Cruz, 94.

²⁷ J. Cruz Cruz, 99.

²⁸ J. Cruz Cruz, 119.

²⁹ J. Cruz Cruz, 119.

El Capítulo V, *Donación y posesión*, describe ese especial modo de posesión que se da en el amor que permite decir “soy tuyo”, “eres mía”, y ello se produce “sólo cuando la donación se inserta en el interior de la posesión”³⁰. En el amor hay un *doble fin*: la felicidad del amado y la felicidad del amante. Pero “en lo que conviene primero y más propiamente el amor es el amar y no el ser amado”³¹. Si hay amistad entre dos es precisamente porque los dos aman. En cuanto a los *motivos* del amor, el autor rectifica dos posturas tradicionales encontradas: a) una *maximalista* (es el *amour pur* de Fenelón), que sostiene como único motivo para amar la sola bondad de la persona amada. Es rectificada señalando que tal opinión entiende por amor sólo el de *benevolencia*, no el *íntimo*. b) Otra *minimalista* (de Simón de Tournai, Bossuet), que sostiene que el motivo del amor es la bondad del otro es cuanto buena para mí. Se rectifica porque esta hipótesis entiende el amor al otro como amor de *pura posesión* y hace imposible asimismo el amor *íntimo*. c) Como solución a estos dos extremos el autor ofrece una tercera salida a la que llama *jerarquización de los motivos* (propia de San Alberto Magno, San Buenaventura, Sto. Tomás de Aquino), que sostiene que “el motivo del amor perfecto es la bondad del otro, en cuanto que es buena a la vez para él y para mí, aunque con cierta jerarquía”³².

La II Parte del libro, centrada en *la esencia, causa y efectos del amor*, se abre con el Capítulo VI, *El amor sensible*, en el que se nos declara que “para Tomás de Aquino el amor es un término análogo, cuyo analogado principal o directo es el apetito sensible”³³. Se trata del deseo de los clásicamente denominados *apetitos concupiscible e irascible*. El primero es inmediato y se dirige al bien *en sí mismo*; el segundo, mediato, se dirige al bien *en cuanto arduo*. A esos apetitos Tomás de Aquino también los llama *pasiones*. Éstas son muchas y se distinguen entre sí por: a) sus *objetos* (el bien o el

³⁰ J. Cruz Cruz, 123.

³¹ J. Cruz Cruz, 129.

³² J. Cruz Cruz, 137.

³³ J. Cruz Cruz, 146.

mal); *b*) la actualidad *motivadora*; *c*) el *campo de actualidad*; *d*) el *conocimiento* del que dependen; *e*) su *origen* (primitivos o derivados); *f*) el orden de *intención* o de *realización*; *g*) por el *descanso*. “En resumen, en los apetitos inmediatos hay tres grupos de respuestas afectivas contrapuestas: amor y odio, deseo y aversión, gozo y tristeza; y tres también en los apetitos mediatos, que son: esperanza y desesperación, temor y audacia, y la ira, a la que no se opone ninguna respuesta afectiva”³⁴. Además, bajo esta clasificación, netamente tomista de once pasiones, se comprenden todas las demás respuestas afectivas del sujeto³⁵. Entre todas ellas, el *amor* es el principio de todos los afectos. Frente a la tendencia natural (amor natural) propio de los seres inertes, la tendencia consciente (sensitiva e intelectual) al bien es *complacencia* en él, y se llama *amor*. De él surgen el *deseo*, si el bien está ausente, y el *gozo*, si está presente. Por el contrario, el *odio* es la *disonancia* del apetito con lo nocivo.

El VII, *El amor espiritual*, es el Capítulo más breve y esperado del libro, y del que se podría pedir más tratamiento, dado lo nuclear del tema. El autor rectifica, desde la filosofía clásica y la fenomenología contemporánea la tesis psicológica moderna que priva al amor de su objeto propio, pues “no hay afecto sin objeto”³⁶. Los afectos del espíritu no deben ser rebajados al plano psicológico, antecesor directo del actual “sentimentalismo”, “una perversión antropológica” que reduce el amor al goce, al placer. Dado que “el amor no puede ser reducido a una combinación de sentimientos y tendencias sensibles”³⁷, la tesis central que se defiende es que el amor “es obra de la voluntad”³⁸. Su sujeto es pues, la *voluntad*, y su objeto es el bien intelectual y universal captado por la *razón*, potencia que puede conocer la *esencia* de cada realidad, tesis, por lo demás, clásica, que el autor expone así: “la voluntad no tiene por

³⁴ J. Cruz Cruz, 154.

³⁵ Tomás de Aquino, *S. Th.*, I-II, q23, a4.

³⁶ J. Cruz Cruz, 162.

³⁷ J. Cruz Cruz, 165.

³⁸ J. Cruz Cruz, 166.

objeto un bien particular, ni el bien mismo del sujeto, sino el bien³⁹. Con otras palabras: “el amor espiritual es, según el Aquinate, un simple querer (*velle*) [...] acto simple y puro: en este nivel, querer y amar se identifican. El amor es la primera inmutación pasiva de la voluntad provocada por el bien espiritual conocido por la razón⁴⁰. Por último, “un rasgo importante cabe destacar en el amor espiritual: su índole retroversiva⁴¹”.

El Capítulo VIII, *Causa del amor*, se abre con un epígrafe de connotaciones fenomenológicas: *la distancia del otro*. Se denuncia en él esa experiencia de la relación entre los hombres fría y mecánica, similar a la de dominio de los hombres sobre el mundo. Frente a ello se señala que Tomás de Aquino basa en la esencia del otro la respuesta afectiva de aceptación o rechazo. El otro es la causa del amor, y sin él se diluye éste. Acepta Juan Cruz que “hay dos series *causales* del amor⁴², una que proviene del objeto a modo de *causa final*, y otra que arranca del sujeto a modo de *causa eficiente*. En ambas el amor tiene como *condición* absoluta (que no como causa) el *conocimiento* del fin, porque no hay amor sin previo conocimiento, aunque sea mínimo. De modo que “la captación de la bondad o de la belleza espiritual es el principio del amor espiritual⁴³. Admite que tal conocimiento es *práctico*. Todas éstas son tesis clásicas, como la que sigue: el amor se dirige a la cosa *en sí*. Por eso, respecto de lo que es más noble que nuestro conocer, es mejor amarlo que conocerlo. Pero a ellas Juan Cruz añade algunas tesis propias: el amor dice *presencia real del bien*⁴⁴, que es distinta de la presencia cognoscitiva. A la del amor la llama presencia *objetiva*, en el sentido de que “el acto de querer es, al igual que el de conocer, una constitución activa de su objeto, ya que el sujeto vo-

³⁹ J. Cruz Cruz, 170.

⁴⁰ J. Cruz Cruz, 170.

⁴¹ J. Cruz Cruz, 172.

⁴² J. Cruz Cruz, 177.

⁴³ J. Cruz Cruz, 184.

⁴⁴ J. Cruz Cruz, 188.

lente se da a sí mismo la objetividad específica de su objeto⁴⁵. Para él, afirmar la objetividad del amor espiritual es afirmar la unidad profunda que en el hombre se da entre el amor y el conocimiento. La *semejanza, unidad de forma*, es la raíz del amor, pero la intencionalidad del querer no es *posesiva*, como la del conocer. Por su parte, admite que el bien “informa el mismo acto del apetito (o de la voluntad)”⁴⁶. Esa semejanza puede ser *perfecta* o *imperfecta*. La primera produce el amor *perfecto*; la segunda, el *imperfecto*.

En el Capítulo IX y último, *Efectos del amor*, se defiende esta tesis: “en el amor, dos se hacen uno, pero en ningún caso dejan de ser dos”⁴⁷. Se proponen estos dos efectos del amor: *a)* el inicial es la *unión efectiva*, que es permanente, íntima, en el amor perfecto y pasajera, reificante, en el imperfecto; *b)* el que consume el amor es la *interpenetración*. La condición de posibilidad de ésta es el *éxtasis*, la salida del amante hacia el amado. Ella no conlleva, sin embargo, que el amante quiera más al amado que a sí mismo, pues el bien de uno coincide con el del otro. A continuación describe Juan Cruz los celos y el odio como intensificación de la alteridad, y a la envidia como raíz del odio. El último epígrafe está dedicado al *amor como causa ejemplar*. En él descubre que “el amor esponsalicio no es propiamente el amor conyugal o matrimonial, ni el amor de enamorados, sino una categoría de amor que plenifica y otorga sentido personal tanto a la relación de enamoramiento como a la relación conyugal. Pues podría haber matrimonio –e incluso enamoramiento– sin auténtico amor esponsalicio”⁴⁸. A distinción de la tradición al respecto, que cifra la unión matrimonial en las cuatro causas (material, formal, eficiente y final), Juan Cruz aboga y ensalza, “en perspectiva personalista”, a la *causa ejemplar* como la *más antropológica de las causas* para explicar el amor esponsalicio.

⁴⁵ J. Cruz Cruz, 192.

⁴⁶ J. Cruz Cruz, 193.

⁴⁷ J. Cruz Cruz, 203.

⁴⁸ J. Cruz Cruz, 234.

El aparato crítico de pie de página recoge pasajes centrales de la obra de Tomás de Aquino, así como de los conocedores clásicos del tomismo (Capreolo, Escoto, Cayetano, Juan de Sto. Tomás, Suárez) y del neotomismo (Gilson, Pieper, Garrigou-Lagrange, Nedoncelle, Rousselot, Geiger, Chevalier, Ramírez, Arnou, De Finance, Simonin, etc.). Junto a ellos aparecen referencias a pensadores contemporáneos –especialmente fenomenólogos– (Hiltebrand, Scheler, etc.), que en mayor medida han tratado del tema del amor. Además de eso, la bibliografía que se ofrece al final del libro es extensa y ajustada.

Juan Fernando Sellés
Departamento de Filosofía
Universidad de Navarra
31080 Pamplona España
jfselles@unav.es

